

León Felipe

POEMAS



León Felipe

VERSOS Y ORACIONES DEL CAMINANTE

y otros poemas

Cubierta: Baltasar Lobo: *Homenaje a León Felipe*

(Un saludo libertario a medio hacer, símbolo de la nebulosidad anarquista del poeta)

Edición digital: C. Carretero

I

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

II

Deshaced ese verso.
Quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma.
Aventad las palabras,
y si después queda algo todavía,
eso
será la poesía.

III

Poesía,
tristeza honda y ambición del alma,
¡cuándo te darás a todos ... a todos,
al príncipe y al paria,
a todos ...
sin ritmo y sin palabras.

IV

Sistema, poeta, sistema.
Empieza por contar las piedras,
luego contarás las estrellas.

V

Poeta,
ni de tu corazón,
ni de tu pensamiento,
ni del horno divino de Vulcano
han salido tus alas.
Entre todos los hombres las labraron
y entre todos los hombres en los huesos
de tus costillas las hincaron.
La mano más humilde
te ha clavado
un ensueño...
una pluma de amor en el costado.

VI

No andes errante...

y busca tu camino.

-Dejadme-.

Ya vendrá un viento fuerte

que me lleve a mi sitio.

¡QUÉ LÁSTIMA!

Para Alberto López Arguello

¡Qué lástima!

**Que yo no pueda cantar a la usanza de este tiempo
lo mismo que los poetas que hoy cantan!**

**¡Qué lástima que yo no pueda entonar
con una voz engolada esas brillantes romanzas
a las glorias de la patria!**

¡Qué lástima que yo no tenga una patria!

**Sé que la historia es la misma,
la misma siempre, que pasa
desde una tierra a otra tierra,
desde una raza a otra raza,
como pasan esas tormentas de estío
desde ésta a aquella comarca.**

**¡Qué lástima que yo no tenga comarca,
patria chica, tierra provinciana!
Debí nacer en la entraña en la estepa castellana**

**Y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada:
pasé los días azules de mi infancia en Salamanca,
y mi juventud, una juventud sombría, en la montaña.
Después... ya no he vuelto a echar el ancla**

**y ninguna de estas tierras me levanta ni me exalta
para poder cantar siempre en la misma tonada
al mismo río que pasa rodando las mismas aguas,
al mismo cielo, al mismo campo y en la misma casa.**

**¡Qué lástima que yo no tenga una casa!
Una casa solariega y blasonada,
una casa en que guardara,
a más de otras cosas raras,
un sillón viejo de cuero, una mesa apolillada
y el retrato de un mi abuelo
que ganara una batalla.**

**¡Qué lástima que yo no tenga un abuelo
que ganara una batalla, retratado
con una mano cruzada en el pecho,
y la otra mano en el puño de la espada!**

**¡Qué lástima que yo no tenga siquiera una espada!
Porque... ¿qué voy a cantar
si no tengo ni una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa solariega y blasonada,
ni el retrato de un mi abuelo
que ganara una batalla,
ni un sillón viejo de cuero,
ni una mesa, ni una espada?**

**¡Qué voy a cantar si soy
un paria que apenas tiene una capa!
Sin embargo... en esta tierra de España
y en un pueblo de la Alcarria
hay una casa en la que estoy de posada
y donde tengo, prestadas,
una mesa de pino y una silla de paja.
Un libro tengo también.**

**Y todo mi ajuar se halla en una sala muy amplia
y muy blanca que está en la parte más baja
y más fresca de la casa. Tiene una luz muy clara
esta sala tan amplia y tan blanca...**

**Una luz muy clara que entra por una ventana
que da a una calle muy ancha.
Y a la luz de esta ventana vengo todas las mañanas.
Aquí me siento sobre mi silla de paja
y venzo las horas largas leyendo en mi libro y viendo
cómo pasa la gente al través de la ventana.**

**Cosas de poca importancia
parecen un libro y el cristal de una ventana
en un pueblo de la Alcarria,
y, sin embargo, le basta
para sentir todo el ritmo de la vida a mi alma.
Que todo el ritmo del mundo por estos cristales pasa
ese pastor que va detrás de las cabras
con una enorme cayada,
esa mujer agobiada
con una carga de leña en la espalda,
esos mendigos que vienen
arrastrando sus miserias de Pastrana,
y esa niña que va a la escuela de tan mala gana.**

**¡Oh, esa niña! Hace un alto en mi ventana siempre,
y se queda a los cristales pegada
como si fuera una estampa.
¡Qué gracia tiene su cara en el cristal aplastada
con la barbilla sumida y la naricilla chata!
Yo me río mucho mirándola
y la digo que es una niña muy guapa...
Ella entonces me llama ¡tonto!, y se marcha.
¡Pobre niña! Ya no pasa por esta calle tan ancha**

**caminando hacia la escuela de mala gana,
ni se para en mi ventana,
ni se queda a los cristales pegada
como si fuera una estampa.
Que un día se puso mala, muy mala,
y otro día doblaron por ella a muerto las campanas.**

**Y en una tarde muy clara, por esta calle tan ancha,
al través de la ventana, vi cómo se la llevaban
en una caja muy blanca... En una caja muy blanca
que tenía un cristalito en la tapa.
Por aquel cristal se la veía la cara
lo mismo que cuando estaba
pegadita al cristal de mi ventana...
Al cristal de esta ventana
que ahora me recuerda siempre
el cristalito de aquella caja tan blanca.
Todo el ritmo de la vida pasa
por este cristal de mi ventana...
Y la muerte también pasa...**

¡Qué lástima!

**Que no pudiendo cantar otras hazañas,
porque no tengo una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa solariega y blasonada,
ni el retrato de un mi abuelo
que ganara una batalla,
ni un sillón viejo de cuero,
ni una mesa, ni una espada,
y soy un paria que apenas tiene una capa...
venga forzado a cantar, cosas de poca importancia!**

ROMERO SOLO

Ser en la vida romero,
romero solo que cruza siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.
Ser en la vida romero... sólo romero.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo,
pasar por todo una vez, una vez solo y ligero,
ligero, siempre ligero.

Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos
para que nunca recemos
como el sacristán los rezos,
ni como el cómico viejo
digamos los versos.
La mano ociosa es quien tiene más fino el tacto en los dedos
decía el príncipe Hamlet, viendo
cómo cavaba una fosa y cantaba al mismo tiempo
un sepulturero.
No sabiendo los oficios los haremos con respeto.
Para enterrar a los muertos
como debemos
cualquiera sirve, cualquiera... menos un sepulturero.

Un día todos sabemos
hacer justicia. Tan bien como el Rey hebreo
la hizo Sancho el escudero
y el villano Pedro Crespo.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo.
Pasar por todo una vez, una vez solo y ligero,
ligero, siempre ligero.
Sensibles a todo viento
y bajo todos los cielos,

**poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros.**

COMO TÚ...

Así es mi vida,
piedra,
como tú. Como tú,
piedra pequeña;
como tú,
piedra ligera;
como tú,
canto que ruedas
por las calzadas
y por las veredas;
como tú,
guijarro humilde de las carreteras;
como tú,
que en días de tormenta
te hundes
en el cieno de la tierra
y luego
centelleas
bajo los cascos
y bajo las ruedas;
como tú, que no has servido
para ser ni piedra
de una lonja,
ni piedra de una audiencia,
ni piedra de un palacio,
ni piedra de una iglesia ...
como tú, piedra aventurera ...
como tú,
que tal vez estás hecha
sólo para una honda ...
piedra pequeña
y
ligera ...

VENCIDOS

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.

Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la armadura,
y va ocioso el caballero sin peto y sin espaldar,
va cargado de amargura,
que allá encontró sepultura
su amoroso batallar.

Va cargado de amargura,
que allá *quedó su ventura*
en la playa de Barcino, frente al mar.

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.

Va cargado de amargura,

va, vencido, el caballero de retorno a su lugar.

¡Cuántas veces, Don Quijote, por esa misma llanura
en horas de desaliento así te miro pasar!

¡Y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu montura
y llévame a tu lugar;

hazme un sitio en tu montura,
caballero derrotado,

hazme un sitio en tu montura,
que yo también voy cargado
de amargura

y no puedo batallar!

**Ponme a la grupa contigo,
caballero del honor,
ponme a la grupa contigo
y llévame a ser contigo pastor.**

**Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar...**

COMO AQUELLA NUBE BLANCA

Ayer estaba mi amor
como aquella nube blanca
que va tan sola en el cielo
y tan alta,
como aquella
que ahora pasa
junto a la luna
de plata.

Nube
blanca,
que vas tan sola en el cielo
y tan alta,
junto a la luna
de plata,
vendrás a parar
mañana,
igual que mi amor,
en agua,
en agua del mar
amarga.

Mi amor tiene el ritornelo
del agua, que sin cesar,
en nubes sube hasta el cielo
y en lluvia baja hasta el mar.

Y el agua, aquel ritornelo
de mi amor, que, sin cesar,
en sueños sube hasta el cielo
y en llanto baja hasta el mar.

QUÉ DÍA TAN LARGO

¡Qué día tan largo
y qué camino tan áspero,
qué largo es todo, qué largo,
qué largo es todo y qué áspero!
En el cielo está clavado
el sol iracundo y alto.
La tierra es toda llanura, llanura, toda llanura, y en la
llanura... ni un árbol.

Voy tan cansado
que pienso en una sombra cualquiera. Quiero descanso,
descanso, sólo descanso.
¡Dormir! Y lo mismo me da ya bajo un ciprés que bajo
un álamo.

AHORA DE PUEBLO EN PUEBLO

Ahora de pueblo en pueblo
errando por la vida,
luego de mundo en mundo errando por el cielo
lo mismo que esa estrella fugitiva.
¿Después?... Después...
ya lo dirá esa estrella misma,
esa estrella romera
que es la mía,
esa estrella que corre por el cielo sin albergue
como yo por la vida.

CORAZÓN MÍO

Corazón mío...
¡Qué abandonado te encuentro!
Corazón mío,
estás lo mismo que aquellos
palacios deshabitados
y llenos de misteriosos silencios.
Corazón mío,
palacio viejo,
palacio desmantelado,
palacio desierto,
palacio mudo
y lleno de misteriosos silencios...
Ni una golondrina ya
llega a buscar tus aleros...
y hacen su cobijo sólo
en tus huecos los murciélagos.

VEN CON NOSOTROS...

Cuando me han visto solo y recostado
al borde del camino,
unos hombres
con trazas de mendigos
que cruzaban rebeldes y afanosos
me han dicho:
- Ven con nosotros,
peregrino.
Y otros hombres
con portes de patricios

que llevaban sus galas
intranquilos,
me han hablado
lo mismo:

- Ven con nosotros, peregrino.

Yo a todos los he visto
perdersé allá a lo lejos del camino...
y me he quedado solo, sin despegar los labios, en mi sitio.

¡QUÉ SOLO ESTOY, SEÑOR!

¡Qué solo estoy, Señor!
¡Qué solo y qué rendido
de andar a la ventura
buscando mi destino!
En todos los mesones
he dormido,
en mesones de amor
y en mesones malditos,
sin encontrar jamás
mi albergue decisivo,
y ahora estoy aquí, solo...
rendido
de andar a la ventura
por todos los caminos.
Ahora estoy aquí, solo,
en este pueblo de Ávila escondido
pensando
que no está aquí mi sitio,
que no está aquí tampoco
mi albergue decisivo.

¡QUÉ PENA!

**¡Qué pena si este camino fuera de muchísimas leguas
y siempre se repitieran
los mismos pueblos, las mismas ventas,
los mismos rebaños, las mismas recuas!**

**¡Qué pena si esta vida tuviera
-esta vida nuestra-
mil años de existencia!
¿Quién la haría hasta el fin llevadera?
¿Quién la soportaría toda sin protesta?
¿Quién lee diez siglos en la Historia y no la cierra
al ver las mismas cosas siempre con distinta fecha?
Los mismos hombres, las mismas guerras,
los mismos tiranos, las mismas cadenas,
los mismos farsantes, las mismas sectas
¡y los mismos, los mismos poetas!**

**¡Qué pena,
que sea así todo siempre, siempre de la misma manera!**

POEMAS MENORES

I

No es lo que me trae cansado
este camino de ahora.

No cansa
una vuelta sola.

Cansa el estar todo un día,
hora tras hora,
y día tras día un año
y año tras año una vida
dando vueltas a la noria.

II

Que se quede así ya
-desnudo y vacío- el corazón.

¿A qué vestirle de nuevo,
a qué otra vez colmarle de amor
si otra vez, al fin, ha de venir el tiempo
a llevárselo todo como un ladrón?

III

Huyen. Se ve que huyen
vueltas de espaldas a la tierra.
Nosotros no hemos visto todavía
los ojos de una estrella.
Para buscar lo que buscamos

**(¿dónde está mi sortija?) una cerilla es buena,
y la luz del gas,
y la maravillosa luz eléctrica...
Nosotros no hemos visto todavía
los ojos de una estrella.**

IV

**¿Qué más da ser rey
que ir de puerta en puerta?
¿Qué va
de miseria a miseria?**

V

**¿Qué me importa que se borren
los caminos de la tierra
con el agua
que ha traído esa tormenta?
Mi pena es porque esas nubes tan negras
han borrado las estrellas.**

VI

**Para mí el bordón sólo.
A vosotros os dejo
la vara justiciera,
el caduceo,
el báculo
y el cetro.
Para mí el bordón sólo del romero...
Yo quiero el camino blanco y sin término.**

LIBRO SEGUNDO
Nueva York, 1929

PIE PARA EL NIÑO DE VALLECAS DE VELÁZQUEZ

*Bacía, Yelmo... Halo...,
éste es el orden, Sancho.*

**De aquí no se va nadie.
Mientras esta cabeza rota
del Niño de Vallecas exista,
de aquí no se va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.**

**Antes hay que deshacer este entuerto,
antes hay que resolver este enigma.
Y hay que resolverlo entre todos,
y hay que resolverlo sin cobardía,
sin huir
con unas alas de percalina
o haciendo un agujero
en la tarima.
De aquí no se va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.**

**Y es inútil,
inútil toda huida
(ni por abajo
ni por arriba).**

Se vuelve siempre. Siempre.
Hasta que un día (¡un buen día!)
el yelmo de Mambrino
-halo ya, no yelmo ni bacía-
se acomode a las sienas de Sancho
y a las tuyas y a las mías
como pintiparado,
como hecho a la medida.
Entonces nos iremos todos
por las bambalinas.
Tú, y yo, y Sancho, y el Niño de Vallecas,
y el místico, y el suicida.

DOÑA MUERTE Y DON AMOR

Doña Muerte y Don Amor,
hacer es bien lo del diablo
que trocó ya los arreos
medievales de los autos.
Un *overall* de Mahón
es hoy el traje adecuado
de los que, como vosotros,
llevan un duro trabajo.
Y no queráis asustarme
con el dalle y con el arco,
que éste es un viejo negocio
solidario de los cuatro:
Doña Muerte y Don Amor,
vosotros dos. Yo y el Diablo
tenemos que llevar hacia el Sol
este carro.

SABEMOS

**Sabemos que no hay tierra
ni estrellas prometidas.**

**Lo sabemos, Señor, lo sabemos
y seguimos contigo trabajando.**

**Sabemos que mil veces y mil veces
pararemos de nuevo nuestro carro
y que mil y mil veces en la tierra
alzaremos de nuevo
nuestro viejo tinglado.**

**Sabemos que por ello no tendremos
ni ración ni salario.**

**Lo sabemos, Señor, lo sabemos
y seguimos contigo trabajando.**

**Y sabemos
que sobre este tinglado
liemos de hacer mil veces y mil veces todavía
el mismo viejo truco bufo-trágico
sin elogios
ni aplausos.**

**Lo sabemos, Señor, lo sabemos
y seguimos contigo trabajando...**

LA ASCENSIÓN

**Y dexas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro ...
FRAY LUIS DE LEÓN**

**Aquí vino
y se fue.
Vino..., nos marcó nuestra tarea
y se fue.
Tal vez detrás de aquella nube
hay alguien que trabaja
lo mismo que nosotros,
y tal vez las estrellas
no son más que ventanas encendidas
de una fábrica
donde Dios tiene que repartir
una labor también.**

**Aquí vino
y se fue.
Vino..., llenó nuestra caja de caudales
con millones de siglos y de siglos,
nos dejó unas herramientas...
y se fue.**

**El, que lo sabe todo,
sabe que estando solos,
sin dioses que nos miren,
trabajamos mejor.**

**Detrás de ti no hay nadie. Nadie.
Ni un maestro, ni un amo, ni un patrón.
Pero tuyo es el tiempo.
El tiempo y esa gubia
con que Dios comenzó la creación.**

LA MAQUINA

(The Labour-saving Machinery)

**Ni es un dragón
ni es un juguete, Marta.
Es un regalo religioso,
el último regalo del Señor.**

**Para que no te pierdas demasiado
en el trajín de la casa;
para que no digas ya más,
primero es la obligación que la devoción.
Y para que no te distraigas en el templo
pensando en el horno, en la rueca
y en el esclavo perezoso.**

¿Y LA LUNA?

En el pozo la guardaron.
Para que no la robasen
en el pozo la guardaron
-como una onza en un bolso-
aquellos fieros románticos.

Y estuvieron dos cipreses
la noche entera velando.
La noche entera de un siglo
los dos cipreses velaron.

Pero fue en vano, fue en vano,
toda la vela fue en vano.
Al llegar la madrugada
el Sol levantó los brazos
y asomó sobre la sierra
su rostro congestionado
de risa,
que gritaba:
¡la han robado, la han robado, la han robado!...

REVOLUCIÓN

Siempre habrá nieve altanera
que vista al monte de armiño
y agua humilde que trabaje
en la presa del molino.
Y siempre habrá un sol también
-un sol verdugo y amigo-
que trueque en llanto la nieve
y en nube el agua del río.

MÁS SENCILLA

Más sencilla, más sencilla.
Sin barroquismo,
sin añadidos ni ornamentos,
que se vean desnudos
los maderos,
desnudos
y decididamente rectos.
*Los brazos en abrazo hacia la Tierra,
el ástil disparándose a los cielos.*

Que no haya un solo adorno
que distraiga este gesto,
este equilibrio humano
de los dos mandamientos.
Más sencilla, más sencilla;
haz una cruz sencilla, carpintero.

ORACIÓN

Señor, yo te amo porque juegas limpio;
sin trampas -sin milagros-;
porque dejas que salga,
paso a paso,
sin trucos -sin utopías-,
carta a carta, sin cambiazos,
tu formidable
solitario.

CRISTO

Viniste a glorificar las lágrimas...
no a enjugarlas...
Viniste a abrir las heridas...
no a cerrarlas.
Viniste a encender las hogueras...
no a apagarlas...
Viniste a decir:
¡Que corran el llanto,
la sangre
y el fuego...
como el agua!

DROP A STAR

¿Dónde está la estrella de los nacimientos?
La tierra, encabritada, se ha parado en el viento.
Y no ven los ojos de los marineros.
Aquel pez -¡seguidle!-
se lleva, danzando,
la estrella polar.

El mundo es una *slot-machine*,
con una ranura en la frente del cielo,
sobre la cabecera del mar.
(Se ha parado la máquina,
se ha acabado la cuerda).
El mundo es algo que funciona

como el piano mecánico de un bar.

**(Se ha acabado la cuerda,
se ha parado la máquina)...**

Marinero,

tú tienes una estrella en el bolsillo...

Drop a star!

**Enciende con tu mano la nueva música del mundo,
la canción marinera de mañana,
el himno venidero de los hombres...**

Drop a star!

Echa a andar otra vez este barco varado, marinero.

Tú tienes una estrella en el bolsillo...

una estrella nueva de paladio, de fósforo y de imán.

1929

ELEGÍA

A la memoria de Héctor Marqués, capitán de la Marina mercante española, que murió en alta mar y lo enterraron en Nueva York.

**... tierra extranjera
cayó sobre su carne aventurera.
José del Río Sáenz**

**Marineros,
¿por qué le dais a la tierra lo que no es suyo
y se lo quitáis al mar?
¿Por qué le habéis enterrado, marineros,
si era un soldado del mar?
Su frente encendida, un faro;
ojos azules, carne de yodo y de sal.
Murió allá arriba, en el puente,
con la rosa de los vientos en la mano,
deshojando la estrella de navegar.
¿Por qué le habéis enterrado, marineros?
¡Y en una tierra sin conchas! ¡En la playa negra!...
¡Allá,
en la ribera siniestra
del otro mar!
¡Nueva York!
-piedra, cemento y hierro en tempestad-.
Donde el ojo ciclópeo del gran faro**

que busca a los ahogados no puede llegar,
donde se acaban las torres y los puentes,
donde no se ve ya
la espuma altiva de los rascacielos,
en los escombros de las calles sórdidas
que rompe en el último arrabal,
donde se vuelve la culebra sombría de los *elevados*
a meterse otra vez en la ciudad...
Allí, la arcilla opaca de los cementerios, marineros...
¡allí habéis enterrado al capitán!
¿Por qué le habéis enterrado, marineros,
por qué le habéis enterrado,
si murió como el mejor capitán
y su alma -viento, espuma y cabrilleo-
está ahí, entre la noche y el mar?...

A bordo del *Cristóbal Colón*, 1932

AUSCHWITZ

(A todos los judíos del mundo, mis amigos, mis hermanos)

Esos poetas infernales,
Dante, Blake, Rimbaud...
Que hablen más bajo...
¡Que se callen!
Hoy
cualquier habitante de la tierra
sabe mucho más del infierno
que esos tres poetas juntos.
Ya sé que Dante toca muy bien el violín...
¡Oh, el gran virtuoso!...
Pero que no pretenda ahora
con sus tercetos maravillosos
y sus endecasílabos perfectos
asustar a ese niño judío
que está ahí, desgajado de sus padres...
Y solo.
¡Solo!
Aguardando su turno
en los hornos crematorios de Auschwitz.
Dante... tú bajaste a los infiernos
con Virgilio de la mano
(Virgilio, "gran cicerone")
y aquello vuestro de la Divina Comedia
fue un aventura divertida
de música y turismo.
Esto es otra cosa... otra cosa...
¿Cómo te explicaré?

**¡Si no tienes imaginación!
Tú... no tienes imaginación,
acuérdate que en tu "Infierno"
no hay un niño siquiera...
Y ese que ves ahí...
Está solo
¡Solo! Sin cicerone...
Esperando que se abran las puertas del infierno
que tú ¡pobre florentino!
No pudiste siquiera imaginar.
Esto es otra cosa... ¿cómo te diré?
¡Mira! Este lugar donde no se puede tocar el violín.
Aquí se rompen las cuerdas de todos
los violines del mundo.
¿Me habéis entendido, poetas infernales?
Virgilio, Dante, Blake, Rimbaud...
¡Hablad más bajo!
¡Tocad más bajo!...¡Chist!...
¡¡Callaos!!
Yo también soy un gran violinista...
Y he tocado en el infierno muchas veces...
Pero ahora aquí...
Rompo mi violín... y me callo.**

FRANCO... TUYA ES LA HACIENDA...

**Franco... tuya es la hacienda...
la casa, el caballo y la pistola...
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡mudo!...
Y cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?**

PERO YA NO HAY LOCOS

Ya no hay locos, amigos, ya no hay locos. Se murió aquel manchego, aquel estrafalario fantasma del desierto y... ni en España hay locos.

Todo el mundo está cuerdo, terrible, monstruosamente cuerdo.

Oíd... esto,

historiadores... filósofos ... loqueros ...

Franco... el sapo iscarote y ladrón en la silla del juez repartiendo castigos y premios,

en nombre de Cristo, con la efigie de Cristo prendida del pecho,

y el hombre aquí, de pie, firme, erguido, sereno,

con el pulso normal, con la lengua en silencio,

los ojos en sus cuencas y en su lugar los huesos ...

El sapo iscarote y ladrón repartiendo castigos y premios ...

y yo, callado, aquí, callado, impasible, cuerdo ...

¡cuerdo!, sin que se me quiebre el mecanismo del cerebro.

¿Cuándo se pierde el juicio? (yo pregunto, loqueros).

¿Cuándo enloquece el hombre? ¿Cuándo, cuándo es cuando se enuncian los conceptos

absurdos y blasfemos

y se hacen unos gestos sin sentido, monstruosos y obscenos?

¿Cuándo es cuando se dice por ejemplo:

No es verdad. Dios no ha puesto

al hombre aquí, en la Tierra, bajo la luz y la ley del universo;

el hombre es un insecto

que vive en las partes pestilentes y rojas del mono y del camello?

¿Cuándo si no es ahora (yo pregunto, loqueros),

cuándo es cuando se paran los ojos y se quedan abiertos,

**inmensamente abiertos,
sin que puedan cerrarlos ni la llama ni el viento?
¿Cuándo es cuando se cambian las funciones del alma y los
resortes del cuerpo
y en vez de llanto no hay más que risa y baba en nuestro
gesto?
Si no es ahora, ahora que la justicia vale menos, infinitamente
menos
que el orín de los perros;
si no es ahora, ahora que la justicia tiene menos,
infinitamente menos
categoría que el estiércol;
si no es ahora... ¿cuándo se pierde el juicio?
Respondedme loqueros,
¿cuándo se quiebra y salta roto en mil pedazos el mecanismo
del cerebro?
Ya no hay locos, amigos, ya no hay locos. Se murió aquel
manchego,
aquel estrafalario fantasma del desierto
y... ¡Ni en España hay locos! ¡Todo el mundo está cuerdo,
terrible, monstruosamente cuerdo! ...
¡Qué bien marcha el reloj! ¡Qué bien marcha el cerebro!
Este reloj..., este cerebro, tic-tac, tic-tac, tic-tac, es un reloj
perfecto...,
perfecto, ¡perfecto!**

VIEJA RAPOSA

**Abajo quedas tú, Inglaterra,
vieja raposa avarienta,
que tiene parada la Historia de Occidente hace
más de tres siglos,
y encadenado a Don Quijote.
Cuando acabe tu vida
y vengas ante la Historia grande
donde te aguardo yo,
¿qué vas a decir?
¿Qué astucia nueva vas a inventar entonces para
engañar a Dios?
¡Raposa!
¡Hija de raposos!
Italia es más noble que tú
Y Alemania también.
En su rapiña y en sus crímenes
hay un turbio hálito nietzscheano de heroísmo, en
el que no pueden respirar los mercaderes,
un gesto impetuoso y confuso de jugárselo todo a
la última carta,
que no pueden comprender los hombres pragmáticos.
Cuando abran sus puertas a los vientos del mundo,
cuando las abran de par en par
y pase por ellas la justicia
y la democracia heroica del hombre,
yo pactaré con las dos para echar sobre tu cara
de vieja raposa sin dignidad y sin amor,
toda la saliva y todo el excremento del mundo.
¡Vieja raposa avarienta,
has escondido,
soterrada en el corral,**

la llave milagrosa que abre la puerta diamantina
de la Historia....

¡No sabes nada!

¡No entiendes nada y te metes en todas las casas
a cerrar las ventanas

y a cegar la luz de las estrellas!

¡Y los hombres te ven y te dejan!

Te dejan porque creen que se le han acabado los
rayos a Júpiter.

Pero las estrellas no duermen.

Tu imperio es solo una torre artificiosa de
ambiciones encadenadas

que se las llevará el viento como las cuentas
vencidas de un avaro monstruoso.

A la larga, la Historia es mía, porque yo soy el
Hombre

y tú eres sólo un trust de mercaderes.

Vieja raposa avarienta,

has amontonado tu rapiña detrás de la puerta,

y tus hijos ahora no pueden abrirla para que
entren

los primeros rayos de la aurora del mundo...

¡Eres un gran mercader!

¡Eres un gran mercader!

Sabes llevar muy bien

las cuentas de la cocina

y piensas que yo no sé contar.

¡Sí, sé contar!

He contado mis muertos.

Los he contado a todos,

los he contado uno por uno.

Los he contado en Madrid,

los he contado en Oviedo,

los he contado en Málaga,

los he contado en Guernica,

los he contado en Bilbao....

**Los he contado en todas las trincheras;
en los hospitales,
en los depósitos de los cementerios,
en las cunetas de las carreteras,
en los escombros de las casas bombardeadas
(resbalando en la sangre,
tanteando en las sombras y en las ruinas).
Contando muertos este otoño, en el Paseo del
Prado,
creí una noche que caminaba sobre barro, y eran
sesos humanos
que llevé por mucho tiempo pegado a las suelas de
mis zapatos.**

**Los he contado en las plazas y en los parques.
He visto a un niño con la cabeza rota y doblada
sobre un velocípedo,
en una plaza solitaria, cuando todos habían huido
a los refugios.**

**El 18 de noviembre, solo en un sótano de
cadáveres,
conté trescientos niños muertos.**

**Los he contado en los carros de las ambulancias,
en los hoteles,
en los tranvías,
en el metro,
en las mañanas lívidas, en las noches negras sin
alumbrado y sin estrellas.....**

**Y en tu conciencia todos ¡Raposa!....
y todos te los he cargado a tu cuenta.....**

¡Ya ves si sé contar!

**Eres la vieja portera del mundo de Occidente...
Tienes desde hace mucho tiempo las llaves de
todos los postigos de Europa,
Y puedes dejar entrar y salir por ellos a quien**

se te antoje.

Y ahora por cobardía,

Por cobardía y avaricia nada más,

Porque quieres guardar tu despensa hasta el
último día de la Historia,

has dejado meterse en mi solar

a los raposos y a los lobos confabulados del
mundo

para que se sacien en mi sangre

y no pidan enseguida la tuya.

Pero ya la pedirán,

ya la pedirán las estrellas.

La Historia es larga,

el Hombre eterno,

y tu eres sólo la sombra pasajera de la avaricia.

Oye, Raposa:

Yo soy el grito primero, cárdeno y bermejo de las
grandes auroras de Occidente.

Ayer sobre mi sangre mañanera, el mundo burgués
edificó en América

todas sus factorías y mercados.

Sobre mis muertos de hoy, el mundo de mañana
levantará

la Primera casa del Hombre.

Y yo volveré,

volveré porque aún hay lanzas y hiel sobre la
Tierra.

Volveré,

volveré con mi pecho y con la aurora otra vez.

LA INSIGNIA

[alocución poemática]

Este poema se inició a raíz de la caída de Málaga y adquirió esta expresión después de la caída de Bilbao. Así como va aquí es la última variante, la más estructurada, la que prefiere y suscribe el autor.

LA INSIGNIA

Alocución poemática

¿HABÉIS hablado ya todos?
¿Habéis hablado ya todos los españoles?
Ha hablado el gran responsable revolucionario,
y los pequeños responsables;
ha hablado el alto comisario,
y los comisarios subalternos;
han hablado los partidos políticos,
han hablado los gremios,
los Comités,
y los Sindicatos,
han hablado los obreros y los campesinos;
han hablado los menestrales:
ha hablado el peluquero,
el mozo de café
y el limpiabotas.
Y han hablado los eternos demagogos también.
Han hablado todos.
Creo que han hablado todos.
¿Falta alguno?
¿Hay algún español que no haya pronunciado su
palabra?...
¿Nadie responde?... (Silencio). Entonces faltó yo sólo.
Porque el poeta no ha hablado todavía.

¿Quién ha dicho que ya no hay poetas en el mundo?
¿Quién ha dicho que ya no hay profetas?

Un día, los reyes y los pueblos,
para olvidar su destino fatal y dramático
y para poder suplantar el sacrificio con el cinismo y con la
pirueta,
substituyeron al profeta por el bufón.
Pero el profeta no es más que la voz vernácula de un
pueblo,
la voz legítima de su Historia,
el grito de la tierra primera que se levanta en el barullo del
mercado, sobre el vocerío
de los traficantes.
Nada de orgullos
Ni jerarquías divinas ni genealogías eclesiásticas.
La voz de los profetas -recordadla-
Es la que tiene más sabor de barro.
De barro,
del barro que ha hecho al árbol -al naranjo y al pino-
del barrio que ha formado
nuestro cuerpo también.
Yo no soy más que una voz -la tuya, la de todos-
la más genuina,
la más general,
la más aborígen ahora,
la más antigua de esta tierra.
La voz de España que hoy se articula en mi garganta,
como pudo articularse en otra
cualquiera.
Mi voz no es más que la onda de la tierra,
de nuestra tierra,
que me coge a mí hoy como una antena propicia.
Escuchad,
escuchad, españoles revolucionarios,
escuchad de rodillas.
No os arrodilléis ante nadie.

Os arrodilláis ante vosotros mismos,
ante vuestra misma voz,
ante vuestra misma voz que casi habíais olvidado.
De rodillas. Escuchad.

Españoles,
españoles revolucionarios,
españoles de la España legítima,
que lleva en sus manos el mensaje genuino de la raza
para colocarlo humildemente
en el cuadro armonioso de la Historia Universal de
mañana,
y junto al es fuerza generoso de todos los pueblos del
mundo...

escuchad:

Ahí están -miradlos-

ahí están, los conocéis bien.

Andan por toda Valencia,

están en la retaguardia de Madrid

y en la retaguardia de Barcelona también.

Están en todas las retaguardias.

Son los Comités,

los partidillos,

las banderías,

los Sindicatos,

los guerrilleros criminales de la retaguardia ciudadana.

Ahí los tenéis.

Abrazados a su botín reciente,

guardándole,

defendiéndole,

con una avaricia que no tuvo nunca el más degradado
burgués.

¡A su botín!

¡Abrazados a su botín!

Porque no tenéis más que botín.

No le llaméis ni incautación siquiera.

El botín se hace derecho legítimo cuando está sellado por

una victoria última y heroica.
Se va de lo doméstico a lo histórico,
y de lo histórico a lo épico.
Este ha sido siempre el orden que ha llevado la conducta
del español en la Historia,
en el ágora
y hasta en sus transacciones,
que por eso se ha dicho siempre que el español no
aprende nunca bien el oficio de mercader.
Pero ahora,
en esta revolución,
el orden se ha invertido.
Habéis empezado por lo épico,
habéis pasado por lo histórico
y ahora aquí,
en la retaguardia de Valencia,
frente a todas las derrotas,
os habéis parado en la domesticidad.
Y aquí estáis anclados,
Sindicalistas,
Comunistas,
Anarquistas,
Socialistas,
Trotskistas,
Republicanos de Izquierda...
Aquí estáis anclados,
custodiando la rapiña,
para que no se la lleve vuestro hermano.
La curva histórica del aristócrata, desde su origen popular
y heroico hasta su última
degeneración actual, cubre en España más de tres
siglos.
La del burgués, setenta años.
Y la vuestra, tres semanas.
¿Dónde está el hombre?
¿Dónde está el español?
Que no he de ir a buscarle al otro lado.

El otro lado es la tierra maldita, la España maldita de Caín, aunque la haya bendecido el Papa.

Si el español está en algún sitio, ha de ser aquí.

Pero, ¿dónde, dónde?...

Porque vosotros os habéis parado ya y no hacéis más que enarbolar todos los días nuevas banderas con las camisas rotas y con los trapos sucios de la cocina.

Y si entrasen los fascistas en Valencia mañana, os encontrarían a todos haciendo guardia ante las cajas de caudales.

Esto no es derrotismo, como decís vosotros.

Yo sé que mi línea no se quiebra, que no la quiebran los hombres, y que tengo que llegar hasta Dios para darle cuenta de algo que puso en mis manos cuando nació la primera substancia española.

Esto es lógica inexorable.

Vencen y han vencido siempre en la Historia inmediata, el pueblo y el ejército que

han tenido un punto de convergencia, aunque este punto sea tan endeble y

tan absurdo como una medalla de aluminio bendecida por un cura sanguinario.

Es la insignia de los fascistas.

Esta medalla es la insignia de los fascistas.

Una medalla ensangrentada de la Virgen.

Muy poca cosa.

Pero, ¿qué tenéis vosotros ahora que os una más?

Pueblo español revolucionario,

¡estás solo!

¡Solo!

Sin un hombre y sin un símbolo.

Sin un emblema místico donde se condense el sacrificio y la disciplina.

Sin un emblema solo donde se hagan bloque macizo y

único todos tus esfuerzos y
todos tus sueños de redención.
Tus insignias,
tus insignias plurales y enemigas a veces, se las compras
en el mercado caprichosamente
al primer chamarilero de la Plaza de Castelar,
de la Puerta del Sol
o de las Ramblas de Barcelona.
Has agotado ya en mil combinaciones egoístas y
heterodoxas todas las letras del alfabeto.
Y has puesto de mil maneras diferentes, en la gorra y en
la zamarra
el rojo
y el negro,
la hoz,
el martillo
y la estrella.
Pero aún no tienes una estrella SOLA,
Después de haber escupido y apagado la de Belem.

Españoles,
españoles que vivís el momento más trágico de toda
nuestra Historia,
¡estáis solos!
¡Solos!
El mundo,
todo el mundo es nuestro enemigo, y la mitad de nuestra
sangre -la sangre podrida
y bastarda de Caín- se ha vuelto contra nosotros también.

¡Hay que encender una estrella!
¡Una sola, sí!
Hay que levantar una bandera.
¡Una sola, sí!
Y hay que quemar las naves.
De aquí no se va más que a la muerte o a la victoria.
Todo me hace pensar que a la muerte.

No porque nadie me defiende
sino porque nadie me entiende.
Nadie entiende en el mundo la palabra "justicia". Ni
vosotros siquiera.
Y mi misión era estamparla en la frente del hombre
y clavarla después en la Tierra
como el estandarte de la última victoria.
Nadie me entiende.
Y habrá que irse a otro planeta
con esta mercancía inútil aquí,
con esta mercancía ibérica y quijotesca.
¡Vamos a la muerte!
Sin embargo,
aún no hemos perdido aquí la última batalla,
la que se gana siempre pensando que ya no hay más
salida que la muerte.
¡Vamos a la muerte!
Este es nuestro lema.
Que se despierte Valencia y que se ponga la mortaja.

¡Gritad,
gritad todos.
Tú, el pregonero y el speaker,
echad bandos,
encended las esquinas con letras rojas
que anuncien esta sola proclama:
¡Vamos a la muerte!
Que lo oigan todos. Todos.
Los que trafican con el silencio
Y los que trafican con las insignias.
Chamarileros de la Plaza de Castelar,
chamarileros de la Puerta del Sol,
chamarileros de las Ramblas de Barcelona
destrozad,
quemad vuestra mercancía.
Ya no hay insignias domésticas,
ya no hay insignias de latón.

Ni para los gorros
ni para las zamarras.
Ya no hay cédulas de identificación.
Ya no hay más cartas legalizadas
ni por los Comités
ni por los Sindicatos.
¡Que les quiten a todos los carnets!
Ya no hay más que un problema.
Ya no hay más que una estrella,
Una sola, SOLA, y ROJA, sí,
pero de sangre y en la frente,
que todo español revolucionario ha de hacérsela
hoy mismo,
ahora mismo
y con sus propias manos.
Preparad los cuchillos,
aguzad las navajas,
calentad al rojo vivo los hierros.
Id a las fraguas.
Que os pongan en la frente el sello de la justicia.
Madres,
madres revolucionarias,
estampad este grito indeleble de justicia
en la frente de vuestros hijos.
Allí donde habéis puesto siempre vuestros besos más
limpios.
(Esto no es una imagen retórica.
Yo no soy el poeta de la retórica.
Ya no hay retórica.
La revolución ha quemado
todas las retóricas.)
Que nadie os engañe más.
Que no haya pasaportes falsos
ni de papel
ni de cartón
ni de hojadelata.
Que no haya más disfraces

ni para el tímido
ni para el frívolo
ni para el hipócrita
ni para el clown
ni para el comediante.
Que no haya más disfraces ni para el espía que se sienta
a vuestro lado en el café,
ni para el emboscado que no sale de su madriguera.
Que no se escondan más en un indumento proletario esos
que aguardan a Franco con
las últimas botellas de champán en la bodega.
Todo aquel que no lleve mañana este emblema español
revolucionario, este grito de
¡Justicia! sangrando en la frente, pertenece a la Quinta
Columna.

Ninguna salida ya
a las posibles traiciones.
Que no piense ya nadie
en romper documentos comprometedores
ni en quemar ficheros
ni en tirar la gorra a la cuneta
en las huídas premeditadas.
Ya no hay huídas.
En España ya no hay más que dos posiciones fijas
e *incomovibles*.
Para hoy y para mañana.
La de los que alzan la mano para decir cínicamente: "Yo
soy un bastardo español"
y la de los que la cierran con ira para pedir justicia bajo los
cielos implacables.
Pero ahora este juego de las manos ya no basta
tampoco.
Hace falta más.
Hacen falta estrellas, sí, muchas estrellas,
pero de sangre,
porque la retaguardia tiene que dar la suya también.

Una estrella de sangre roja,
de sangre roja española.
Que no haya ya quien diga:
esa estrella es de sangre extranjera.
Y que no sea obligatoria tampoco.
Que mañana no pueda hablar nadie de imposiciones,
que no pueda decir ninguno que se le puso la pistola en el
pecho.
Es un tatuaje revolucionario, sí.
Yo soy revolucionario,
España es revolucionaria,
Don Quijote es revolucionario.
Lo somos todos. Todos.
Todos los que sienten este sabor de justicia que hay en
nuestra sangre y que se nos
hace hiel y ceniza cuando sopla el viento del norte.
Es un tatuaje revolucionario,
pero español.
Y heroico también.
Y voluntario además.
Es un tatuaje que buscamos sólo para definir nuestra fe.
No es más que una definición de fe.

Hay dos vientos hoy que sacuden furiosos a los hombres
de España,
dos ráfagas fatales que empujan a los hombres de
Valencia.
El viento dramático de los grandes destinos, que arrastra
a los héroes a la victoria o
a la muerte,
y la ráfaga de los pánicos incontrolables que se lleva la
carne muerta y podrida de los
naufragios a las playas de la cobardía y del silencio.
Hay dos vientos, ¿no los oís?
Hay dos vientos, españoles de Valencia.
El uno va a la Historia.
El otro va al silencio.

El uno va a la épica.
El otro a la vergüenza.

Responsables:

El gran responsable y los pequeños responsables:

Abrid las puertas,
derrivad las vallas de los Pirineos.

Dadle camino franco
a la ráfaga amarilla de los que tiemblan.

Una vez más veré el rebaño de los cobardes huir hacia el
ludibrio.

Una vez más veré en piara la cobardía.

Os veré otra vez
robándole el asiento
a los niños y a las madres.

Os veré otra vez.

Pero vosotros os estaréis viendo siempre.

Un día moriréis fuera de vuestra Patria. En la cama tal
vez. En una cama de sábanas

blancas, con los pies desnudos (no con los zapatos
puestos, como ahora se muere en España), con los pies
desnudos y ungidos, acaso, con los óleos santos. Porque
moriréis muy santamente, y de seguro con un crucifijo y
con una oración de arrepentimiento en los labios. Estaréis
ya casi con la muerte, que llega siempre. Y os acordaréis
-¡claro que os acordaréis!- de esta vez que la huistéis y la
burlásteis, usurpándole el asiento a un niño en un autobús
de evacuación. Será vuestro último pensamiento. Y allá,
al otro lado, cuando ya no seáis más que una conciencia
suelta, en el tiempo y en el espacio, y cai gáis
precipitados al fin en los tormentos dantescos -porque o
creo en el infierno también- no os veréis más que así,
siempre, siempre, siempre,
robándole el asiento a un niño en un autobús de
evacuación.

El castigo del cobarde ya sin paz y sin salvación por toda
la eternidad.

No importa que no tengas un fusil,
quédate aquí con tu fe.
No oigas a los que dicen: la huída puede ser una política.
No hay más política en la Historia que la sangre.
A mí no me asusta la sangre que se vierta,
a mí me alegra la sangre que se vierte.
Hay una flor en el mundo que sólo puede crecer si se la
riega con sangre.
La sangre del hombre
está hecha no sólo para mover su corazón
sino para llenar los ríos de la Tierra,
las venas de la Tierra, y mover el corazón del mundo.

¡Cobardes: hacia los Pirineos, al destierro!
¡Héroes: a los frentes, a la muerte!

Responsables:
el grande y los pequeños responsables:
organizad el heroísmo,
unificad el sacrificio.
Un mando único. Sí.
Pero para el último martirio.
¡Vamos a la muerte!
Que lo oiga todo el mundo.
Que lo oigan los espías.
¿Qué importa ya que lo oigan los espías?
Que lo oigan ellos, los bastardos.
¿Qué importa ya que lo oigan los bastardos?
¿Qué importan ya todas esas voces de allá abajo,
si empezamos a cabalgar sobre la época?
A estas alturas de la Historia ya no se oye nada.
Se va hacia la muerte...
y abajo queda el mundo de las raposas,
y de los que pactan con las raposas.

Abajo quedas tú, Inglaterra,
vieja raposa avarienta,

que tienes parada la Historia de Occidente hace más de tres siglos

y encadenado a Don Quijote.

Cuando acabe tu vida

y vengas ante la Historia grande

donde te aguardo yo,

¿qué vas a decir?

¿Qué astucia nueva vas a inventar entonces para engañar a Dios?

¡Raposa!

¡Hija de raposos!

Italia es más noble que tú.

Y Alemania también.

En sus rapiñas y en sus crímenes

hay un turbio hálito nietzscheano de heroísmo en el que no pueden respirar los mercaderes,

un gesto impetuoso y confuso de jugárselo todo a la última carta, que no pueden

comprender los hombres pragmáticos.

Si abriesen sus puertas a los vientos del mundo,

si las abriesen de par en par,

y pasasen por ellas la Justicia

y la Democracia Heroica del hombre,

yo pactaría con las dos para echar sobre tu cara de vieja raposa sin dignidad y sin amor

toda la saliva y todo el excremento del mundo.

¡Vieja raposa avarienta:

has escondido,

soterrado en tu corral,

la llave milagrosa que abre la puerta diamantina de la Historia...

No sabes nada.

No entiendes nada y te metes en todas las casas a cerrar ventanas

y a cegar la luz de las estrellas!

Y los hombres te ven y te dejan.

Te dejan porque creen que ya se les han acabado los

rayos a Júpiter.
Pero las estrellas no duermen.

No sabes nada.
Has amontonado tu rapiña detrás de la puerta, y tus hijos,
ahora, no pueden abrirla
para que entren los primeros rayos de la aurora nueva del
mundo.

Vieja raposa avarienta,
eres un gran mercader.
Sabes llevar muy bien
las cuentas de la cocina
y piensas que yo no sé contar.
Sí sé contar.

He contado mis muertos.
Los he contado todos,
los he contado uno por uno.
Los he contado en Madrid,
los he contado en Oviedo,
los he contado en Málaga,
los he contado en Guernica,
los he contado en Bilbao...
Los he contado en todas las trincheras,
en los hospitales,
en los depósitos de los cementerios,
en las cunetas de las carreteras,
en los escombros de las casas bombardeadas.
Contando muertos este otoño por el Paseo de El Prado,
creí una noche que caminaba
sobre barro, y eran sesos humanos que tuve por mucho
tiempo pegados a
la suela de mis zapatos.
El 18 de noviembre, sólo en un sótano de cadáveres,
conté trescientos niños muertos...
Los he contado en los carros de las ambulancias,
en los hoteles,
en los tranvías,

en el Metro...,
en las mañanas lívidas,
en las noches negras sin alumbrado y sin estrellas...
y en tu conciencia todos...
Y todos te los he cargado a tu cuenta.
¡Ya ves si sé contar!
Eres la vieja portera del mundo de Occidente,
tienes desde hace mucho tiempo las llaves de todos los
postigos de Europav y puedes dejar entrar y salir a quien
se te antoje.
Y ahora, por cobardía,
por cobardía nada más,
porque quieres guardar tu despensa hasta el último día de
la Historia,
has dejado meterse en mi solar
a los raposos y a los lobos confabulados del mundo
para que se sacien en mi sangre
y no pidan enseguida la tuya.
Pero ya la pedirán,
ya la pedirán las estrellas...

Y aquí otra vez,
aquí
en estas alturas solitarias.
Aquí,
donde se oye sin descanso la voz milenaria
de los vientos,
del agua y de la arcilla
que nos ha ido formando a todos los hombres.
Aquí, donde no llega el desgaitado vocerío de la
propaganda mercenaria.
Aquí,
donde no tiene resuello ni vida el asma de los
diplomáticos.
Aquí,
donde los comediantes de la Sociedad de Naciones no
tienen papel.

Aquí, aquí
ante la Historia,
ante la Historia grande
(la otra,
la que vuestro orgullo de gusanos enseña a los niños de
las escuelas,
no es más que un registro de mentiras
y un índice de crímenes y vanidades).
Aquí, aquí
bajo la luz de las estrellas,
sobre la tierra eterna y prístina del mundo
y en la presencia misma de Dios.
Aquí, aquí, aquí
quiero decir ahora mi última palabra:

Españoles,
españoles revolucionarios:
¡El hombre se ha muerto!
Callad, callad.
Romped los altavoces
y las antenas,
arrancad de cuajo todos los carteles que anuncian vuestro
drama en las esquinas del mundo.
¿Denuncias? ¿Ante quién?
Romped el Libro Blanco,
no volváis más vuestra boca con llamadas y lamentos
hacia la tierra vacía.
¡El hombre se ha muerto!
Y sólo las estrellas pueden formar ya el coro de nuestro
trágico destino.
No gritéis ya más vuestro martirio.
El martirio no se pregona,
se soporta
y se echa en los hombros como un legado y como un
orgullo.
La tragedia es mía,
mía,

que no me la robe nadie.
Fuera,
Fuera todos.
Todos.
Yo aquí sola.
Sola
bajo las estrellas y los Dioses.
¿Quiénes sois vosotros?
¿Cuál es vuestro nombre?
¿De qué vientre venís?
Fuera... Fuera... ¡Raposos!
Aquí,
yo sola. *Sola*,
con la Justicia ahorcada.
Sola,
con el cadáver de la Justicia entre mis manos.
Aquí
yo sola, sola
con la conciencia humana,
quieta,
parada,
asesinada para siempre
en esta hora de la Historia
y en esta tierra de España,
por todos los raposos del mundo.
Por todos,
por todos.
¡Raposos!
¡Raposos!
¡Raposos!
El mundo no es más que una madriguera de raposos y la
Justicia una flor que ya no prende en ninguna latitud.

Españoles,
españoles revolucionarios.
¡Vamos a la muerte!
Que lo oigan los espías.

¿Qué importa ya que lo oigan los espías?
Que lo oigan *ellos*, los bastardos.
¿Qué importa ya que lo oigan los bastardos?
A estas alturas de la Historia
ya no se oye nada.
Se va hacia la muerte
y abajo queda el mundo irrespirable de los raposos y de
los que pactan con los raposos.
¡Vamos a la muerte!
¡Que se despierte Valencia
y que se ponga la mortaja!...

EPÍLOGO

Escuchad todavía...
Refrescad antes mis labios y mi frente... tengo sed...
Y quiero hablar con palabras de amor y de esperanza.
Oíd ahora:
la Justicia vale más que un imperio, aunque este imperio
abarque toda la curva del Sol.
Y cuando la Justicia está herida de muerte y nos llama en
agonía desesperada, no podemos decir:
"yo aun no estoy preparado".
Esto está escrito en mi Biblia,
en mi Historia,
en mi Historia infantil y grotesca,
y mientras los hombres no lo aprendan el mundo no se
salva.

Yo soy el grito primero, cárdeno y bermejo, de las grandes
auroras de Occidente.
Ayer, sobre mi sangre mañanera, el mundo burgués
edificó en América todas sus factorías y mercados,
sobre mis muertos de hoy, el mundo de mañana levantará
la Primera Casa del Hombre.

Y yo volveré,
volveré porque aun hay lanzas y hiel sobre la Tierra.
Volveré,
volveré con mi pecho y con la Aurora otra vez.



LEÓN FELIPE

(Tábara, Zamora, 1884-México D.F., 1968)

«Era un hombre de ideas en el mejor sentido del término, de rebeldía algo bufa, por burlona e iconoclasta. Fértil en su blasfemia anticlerical, y regalado de un anarquismo heterodoxo».

«León Felipe fue un poeta que se desgañitó en sus versos para proclamar los peligros que acechaban, y la paga que recibió fue un prolongado exilio».

«Su mayor legado, no obstante, probablemente se concentre en la denuncia mantenida a través de sus libros de la necesidad de mantener una libertad e independencia del hombre respecto del político y las organizaciones, así como el testimonio de un sentido de la humanidad exigente».

«A León Felipe no le interesó más patria que la que conocía en cada momento de su vida trashumante, y sin ser devoto de patrias chicas o grandes, dedicó poemas de valor y sentido a la nostalgia de España y el sueño de encontrar algún día un país libre de todo yugo».

Alguien definió a León Felipe (1884-1968) como el poeta trashumante, y es sin duda una referencia justa. La suya fue una vida en movimiento perpetuo,

encontrando domicilio en los lugares más diversos, primero por voluntad de una vida inquieta y después en su condición de exiliado. Ya en 1920 publicó un primer libro llamado Versos y oraciones de caminante, en franca premonición de todo lo que vendría después. Su destino estaba escrito en la lejanía, y sus versos aprovecharon bien tal destino.

León Felipe había nacido en Tábara (Zamora), pero sus recuerdos de infancia los forjó en Salamanca. Luego de licenciarse en Farmacia en Madrid, continuó contribuyendo en su juventud a la condición de nómada, con su mudanza a Guinea (ese Fernando Poo que para los españoles actuales solamente tiene aroma a libro de historia) y Estados Unidos.

A México llegó con carta de recomendación de Alfonso Reyes en 1923, sin saber que años más tarde, con la venida del ominoso desastre de la guerra civil, se exiliaría definitivamente en ese país. El destino de este hombre en mudanza constante parecía estar escrito de antemano, pues ese designio alcanza incluso a su nombre. Digo esto porque no mucha gente ha reparado en el hecho de que el nombre real de León Felipe, como otra premonición más en esta vida hadada, es Felipe Camino.

La persona de León Felipe, de cuya muerte se cumplen ahora cincuenta años, resulta tremendamente compleja y contradictoria, igual que su poesía. Era un hombre de ideas en el mejor sentido del término, de rebeldía algo bufa, por burlona e iconoclasta. Fértil en su blasfemia anticlerical, y regalado de un anarquismo heterodoxo. Le tocó vivir un tiempo de mucho ruido, y por eso algún crítico que no llegaba a disfrutar su trabajo adjetivó su poesía con el apelativo de histriónica. Después muchos han repetido lo de que su poesía es gritona, pero a mí me parece injusto, porque León Felipe tiene muchos versos mágicos, y un número extenso de poemas dotados de gracia artística y hondura filosófica. Gustó de unir verso y prosa, o verso y diálogo, le atrajo lo prometeico y lo quijotesco, y todos estos aspectos le suman modernidad y realizan el milagro de que pueda ser a la vez tremendamente español y universal. Los mejores versos de León Felipe son desgarradores en la llaneza de su sinceridad, en su testimonio urgente. En ellos se contiene bien la necesidad que se tenía en una época tan convulsa de gritar qué ocurría. En su

producción hay versos de dolor rasgado y solidaridad generosa, de pintura fina de la crueldad y testimonio del desmoronamiento de una vida que no era perfecta pero era mejor que lo que vendría.

Fueron muchos los libros de León Felipe, y muchos de mérito, de manera que cualquier elección es subjetiva y parcial, personal. Sin embargo no me resisto a ofrecerles mis preferencias. Me quedaría con *Drop a star* (1933), por audaz, *Español del éxodo y del llanto* (1939), por su valor testimonial, y *Ganarás la luz* (1943), por ofrecer una auténtica madurez creativa. Como rasgo propio del autor también podemos decir que constituye en cierta medida una isla creativa de la Edad de Plata, apartado como estuvo siempre de las generaciones aunque compartiendo tiempo con las del 14 y el 27. No encajó en ninguno de los grupos precisamente por su carácter inquieto y ese movimiento continuo que fue su vida, pero esa circunstancia de inadaptado le proporciona una singularidad que sedujo a Pedro Salinas y Dámaso Alonso.

León Felipe fue un poeta que se desgañitó en sus versos para proclamar los peligros que acechaban, y la paga que recibió fue un prolongado exilio. Del tiempo en América aprovechó todo, pues de su biografía resulta fácil entender que sabía encontrarse en casa en cualquier parte. Los poetas norteamericanos, a quienes tradujo de manera constante y libérrima, marcaron grandemente su producción. La crítica coincide normalmente en señalar a Walt Whitman como uno de los maestros de los que León Felipe más bebió, aunque la huella del 98, Antonio Machado, García Lorca y otros coetáneos sea igualmente evidente. Este poeta del que ahora conmemoramos los cincuenta años de su fallecimiento coincidió con García Lorca en su célebre viaje a Estados Unidos, en 1929, cuando se origina ese libro máximo del granadino que es *Poeta en Nueva York*.

En sus libros se encuentra una constante indagación sobre la religiosidad popular, la creencia personal y el papel de la Iglesia católica en la sociedad. Estos versos mantienen vigencia e interés, aunque en su momento plantearan dudas a creyentes y escépticos, pues con frecuencia se colocaba entre unos y otros. Esta vertiente entre anticlerical y de búsqueda de Dios del poeta produjo poemas curiosos, como ese «¿Quién es el obispo?» de *Español*

del éxodo y del llanto, en el que juega con la función del político, el obispo y el poeta. No dejen de leerlo, si no lo conocen ya. Su mayor legado, no obstante, probablemente se concentre en la denuncia mantenida a través de sus libros de la necesidad de mantener una libertad e independencia del hombre respecto del político y las organizaciones, así como el testimonio de un sentido de la humanidad exigente.

Trabajó versos que mostraron de manera recurrente las fronteras éticas que consideraba justas. Entre mis favoritos está ese que dice que «El poeta va recreando con su angustia viva, las esencias vírgenes que matan sin cesar el político y el eclesiástico, esos hombres que piensan que ganan todas las batallas y dejan siempre seco y muerto el problema primario de la justicia del hombre.»

El horror de la guerra civil le sirvió, como a tantos otros poetas coetáneos, para que forjara una poesía que actuase como un instrumento de esa verdad que debe escribirse con mayúsculas, y que los artistas parecen conocer mejor que nadie por el tiempo que invierten en indagar qué nos define como humanos. Supo extraer de nuestra desgracia nacional un aprendizaje universal, que convierte su poesía en un hecho que trasciende fronteras. Fue un poeta rebelde a la manera de unos tiempos agrestes, tan duros como pueden imaginarse en el contexto de una guerra civil. Existe un estudio de Electa Arenal, publicado hace ya muchos años, en el que se refería a León Felipe como homo ethicus. También parece una descripción justa. El poeta invirtió no pocos esfuerzos en definir su poesía, de manera que resulta sencillo encontrar poemas que tengan referencias metapoéticas de gran valor y pueden hacer las delicias de aquellos que disfrutaban en los juegos de enunciación del hecho poético.

Pensando en su trayectoria, uno no puede menos que acordarse de otros de sus contemporáneos, especialmente aquellos con los que su poesía entronca en genio y sensibilidad. Miguel Hernández muriendo tuberculoso en la cárcel de Alicante, dejando atrás esas luminarias que son El rayo que no cesa o el Cancionero y romancero de ausencias. Antonio Machado, desgarrando su vida cansada y enferma en Collioure, legándonos Campos de Castilla,

Soledades, galerías y otros poemas y tantos otros. García Lorca, sufriendo la tragedia de una muerte ignominiosa en aquel paseillo del 19 de agosto de 1936, habiendo cambiado el teatro y la poesía para siempre.

Tampoco podemos dejar de recordar a otros exiliados como él: Rafael Alberti, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre y tantos otros.

A León Felipe no le interesó más patria que la que conocía en cada momento de su vida trashumante, y sin ser devoto de patrias chicas o grandes, dedicó poemas de valor y sentido a la nostalgia de España y el sueño de encontrar algún día un país libre de todo yugo. En tiempos como los que vivimos, en los que las definiciones de nuestra convivencia también se encuentran agitadas, la lectura de sus versos dedicados a la piel de toro pueden ser especialmente inspiradores. Acérquense a ese que dice: «¡Toda la sangre de España/por una gota de luz!»

Uno de los pulsos de más mérito de León Felipe es el de unir grandilocuencia y humildad. Son numerosos los poemas en los que el poeta nos llega manso, confesando al lector que no se considera un individuo de importancia:

«Yo no soy nadie

Un hombre con un grito de estopa en la garganta

y una gota de asfalto en la retina;

un ciego que no sabe cantar».

En entrevistas y confesiones autobiográficas, se solía describir como un ser perezoso, y no tenía problema alguno en confesar sus pecados y defectos en los poemas que daba a la imprenta.

León Felipe murió en la ciudad de México el 18 de septiembre de 1968. En sus plazas hay varias estatuas dedicadas a su memoria, pero quizá la más emblemática sea la que se encuentra en el bosque de Chapultepec, frente a la Casa del Lago. Allí una estatua sedente de un León Felipe anciano es testigo de la vida de la ciudad. Junto a la estatua, un olivo zamorano que plantaron en su memoria los amigos del poeta en 1972.

Ojalá la efeméride que este artículo recuerda traiga buenos lectores al poeta, pues sería hacer justicia a un legado que se ha debilitado mucho en las últimas décadas. Su vida, como su obra, fue a un tiempo adornada y lastrada por la singularidad. Comenzó a publicar tarde, cuando los miembros de su generación ya celebraban triunfos; su exilio le confirió necesariamente un aroma americano, que al lector español se le antojó extraño cuando la censura desapareció y pudo ser publicado. En México, por el contrario, permanece como un símbolo de la España republicana. De cualquier forma, no hay mejor venta de su poesía que animarles a que den una oportunidad a sus versos.

Se verán recompensados.

Rafael Ruiz Pleguezuelos